

## VIEJA Y NUEVA OPOSICIÓN OBRERA CONTRA FRANCO

---

Abdón Mateos  
(CIHDE-UNED)

Hace ya más de quince años escribía una primeriza síntesis sobre la trayectoria de la oposición obrera antifranquista y las luchas obreras en el primer número de la revista *El Proyecto*. El largo artículo «Movimiento sindical y lucha obrera durante el franquismo» formaba parte de un número extraordinario dedicado a conmemorar el XXV Aniversario de la fundación de la Unión Sindical Obrera (USO). Por aquel entonces llevaba cinco años dedicado al estudio de la oposición obrera. Después de empezar con una memoria de licenciatura dedicada a la reconstrucción de UGT durante el tardofranquismo, gracias a la disposición del archivo histórico del sindicato en el exilio en la Fundación F. Largo Caballero y la organización en la Universidad Autónoma de Madrid de un seminario monográfico de investigación en el curso 1982-1983, desde 1985 me había interesado por la nueva oposición obrera, de manera especial, Comisiones Obreras (CCOO) y USO. En el seminario de 1983 había tenido la oportunidad de conocer a Amaro del Rosal (veterano dirigente ugetista, historiador del movimiento obrero y asiduo colaborador de la Fundación Pablo Iglesias), que era autor, precisamente, de una historia de la UGT en el primer exilio mexicano. Más adelante, durante los años de 1987 a 1990, entraría en contacto con Manuel Tuñón de Lara con ocasión de seminarios, congresos y una estancia en la sede de Lejona de la Universidad del País Vasco.

### **Historiografía y egohistoria**

En esos momentos, la historiografía sobre el movimiento obrero de posguerra daba sus primeros pasos. En realidad, lo que predominaba eran los relatos de militantes obreros, sobre todo cenetistas, debido qui-

zà a la propia marginalidad de la CNT en la España democrática y el eclipse libertario durante el franquismo. Además se habían publicado algunos ensayos y monografías de carácter sociológico, a cargo de autores como Víctor Pérez Díaz, José María Maravall, Manuel Ludevid, Robert Fishman o Jon Amsden.

El eclipse de la CNT y la dispersión de sus archivos supuso que no se terminara presentando ninguna memoria de licenciatura en la UAM durante la primera mitad de los años ochenta. Alguna tesis, no obstante, fue presentada sobre la CNT de Cataluña en universidades francesas. Además en 1981 Carme Molinero y Pere Ysàs habían publicado sus memorias de licenciatura de la UAB en el libro *L'oposició antifeixista a Catalunya*. Más adelante, la constitución de fundaciones libertarias como la Salvador Seguí o la Anselmo Lorenzo facilitó la recopilación de materiales y la organización del congreso «La oposición libertaria al franquismo» en 1990. Sin embargo, fue mucho después, con la realización de una tesis doctoral en la UNED por Ángel Herrérin, bajo mi dirección, lo que ha permitido una reconstrucción general de la historia de posguerra de la CNT, tanto en el exilio como en la clandestinidad (2002). Es mérito de este libro, próximo a aparecer en la veterana y comprometida editorial Siglo XXI, la recopilación de fuentes muy variadas: archivos personales de militantes cenetistas en Madrid, Amsterdam, Barcelona y Valencia; colecciones documentales en Toulouse y México; archivos policiales en Alicante y Madrid; prensa y diversos impresos; y la recogida de varias docenas de testimonios orales. Además de reconstruir el accidentado itinerario cenetista, Herrérin reflexiona sobre las razones del declive del anarcosindicalismo en España. Frente a las interpretaciones sobre el eclipse de la CNT más cercanas a la sociología histórica que a la historiografía que han insistido en las transformaciones sociales, Herrérin se detiene en aspectos como las divisiones internas, el colaboracionismo, el inmovilismo ideológico y la represión.

Sobre la desarticulación de los comités nacionales y regionales, sin duda cabe una mayor profundización debido a una reciente autorización de la región militar de Madrid para consultar los consejos de guerra contra dirigentes cenetistas. En todo caso, la CNT después del primer franquismo se vio condenada a una creciente marginalidad debido a todos los factores antes señalados. La tentativa de una alianza sindical con UGT, extendida a ELA-STV en el País Vasco, negociada desde 1959, no pudo evitar el alejamiento respecto al nuevo movimiento obrero generalizado tras las huelgas de 1962. Además hay que tener en cuenta que el movimiento libertario fue el único sector del exilio de la guerra

civil que socializó a los más jóvenes, los niños de la guerra o incluso a los hijos de los exiliados nacidos ya en Francia o México, en la *acción directa*, que no era otra cosa que una cultura de la violencia política. A los veinte años del final de la guerra civil, mientras que las reflexiones sobre la violencia política de socialistas, republicanos y comunistas no pasaban de mera constatación de la impotencia ante la estabilidad de Franco, la mayoría anarcosindicalista del exilio, guiada por la FAI, impuso a los más jóvenes, los componentes de las Juventudes Libertarias, a que el organismo Defensa Interior, creado en 1960, no se quedaría en mera palabrería. Entre 1957 y 1965, varias decenas de jóvenes libertarios cruzarían clandestinamente la frontera pirenaica pertrechados de explosivos y armas cortas. Este «sindicalismo» armado se cobró varias vidas y llevó a prisión a una media de 50 libertarios por año entre 1960 y 1963. La acción directa, unida al colaboracionismo con el Sindicato Vertical de los conocidos como «cincopuntistas» y la nueva escisión desde 1965, terminaron de arruinar las perspectivas de futuro de la CNT, de engarce con el nuevo movimiento obrero reformista, con metalúrgicos o bancarios que negociaban convenios y pagaban letras para la vivienda y los pequeños bienes de consumo del desarrollismo, y no estaban dispuestos a arriesgar su vida por la revolución social, por el comunismo libertario.

Por lo que se refiere a la otra central sindical histórica, la Unión General de Trabajadores, el estado de los estudios historiográficos ha sido mucho más saludable. Además de mi tesis doctoral, presentada en 1990 y publicada en 1993, con el título de *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974* en la que trazaba la trayectoria de UGT, la Alianza Sindical Obrera y la política sindical de las diversas organizaciones socialistas, he publicado los libros *La denuncia del Sindicato Vertical. Las relaciones entre España y la OIT, 1939-1969* (1997) y *Exilio y Clandestinidad. La reconstrucción de UGT, 1939-1977* (2002). Para el primer exilio ugetista, César Tcach y Carmen Reyes publicaron en 1986 sus memorias de licenciatura, mientras que Juan Antonio Sacaluga trazó la trayectoria de las organizaciones socialistas en Asturias hasta 1962. Por otra parte, Rubén Vega y Begoña Fernández han estudiado la evolución de la oposición obrera en Gijón (1998) y Ramón García Piñeiro publicó en 1990 una monografía general sobre los mineros asturianos hasta las huelgas de 1962.

Respecto al complejo caso de la UGT de Cataluña, José Luis Martín Ramos ha publicado también en el 2002 una historia del PSUC durante los años cuarenta, *Rojos contra Franco*, y David Ballester ha publicado una historia de los ugetistas durante el franquismo con el título

de *Els homes sense nom*, forma en la que se autodenominaban los socialistas en la clandestinidad.

Por lo que se refiere al País Vasco, verdadero centro de la oposición ugetista durante la dictadura, contamos desde hace muchos años con la tesis de Pedro Ibarra (1987) y la muy reciente memoria de doctorado de José Antonio Pérez, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao, 1958-1977* (Madrid, 2001). Sin embargo, no contamos con una monografía que profundice sobre la intrahistoria de los esforzados ugetistas vascos. Una microhistoria muy necesaria para establecer las continuidades de las sagas militantes familiares, el alcance de la represión que no produjo el desarraigo de la fábrica y de la barriada obrera ni impidió la continuidad de la militancia de cuadros y dirigentes, y el reclutamiento de las nuevas generaciones obreras sin experiencia directa de la guerra civil.

Por último, la construcción del Estado de las Autonomías, además de la creciente territorialización de las fuentes, ha permitido un saludable crecimiento de la historia social de carácter local. Asociado a este impulso, las instituciones autonómicas, junto a las organizaciones regionales de UGT, están promoviendo historias locales del sindicato. Los trabajos de Enrique Berzal para la UGT de Valladolid o de Diego Caro para el caso de Cádiz son ilustrativos en este sentido.

Mucho es también lo que se ha avanzado durante los últimos diez años en el conocimiento de Comisiones Obreras. Desde la fundación Primero de Mayo se promovió una historia general de los orígenes del sindicato coordinada por David Ruiz. Concebida como un conjunto de historias regionales del movimiento obrero, *Historia de Comisiones Obreras* (1993), permitió un avance sustancial de nuestro conocimiento sobre la conflictividad obrera y los primeros balbuceos organizativos de CCOO. Muchos de los colaboradores de esta obra general publicaron sendas monografías sobre los movimientos obreros locales, entre las que cabe destacar las de Carme Molinero/Pere Ysàs (1989), José Babiano (1995) y José Gómez Alén (1995). Sin embargo, para la mayoría de estos historiadores lo más interesante era el estudio de la conflictividad obrera, por lo que la historia de las vanguardias y de su relación con el estado dictatorial franquista (represión, plataformas legales, denuncia internacional,...) quedaba en un segundo plano. Es decir que, a pesar de estas monografías, no contamos aún con una historia de la clandestinidad comunista obrera y de la política sindical del PCE y de la nueva izquierda. En efecto, los trabajos sobre la nueva izquierda y el movimiento obrero son todavía muy escasos. Las monografías existentes sobre la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) de Consuelo Laiz

o el Frente de Liberación Popular (FLP) de Julio Antonio García Alcalá, pasan muy por encima sobre el enfoque de oposición obrera<sup>1</sup>.

Menos aún es lo que se conoce sobre el nuevo sindicalismo ilegal surgido desde el obrerismo católico. Se ha avanzado mucho en el conocimiento de los llamados «movimientos apostólicos» obreros católicos pero difícilmente se les puede considerar como una oposición obrera. Aunque sus miembros, fueran simpatizantes o afiliados, constituyeron un vivero para la oposición obrera antifranquista no se puede considerar en su conjunto a estas asociaciones legales dependientes de Acción Católica o de los jesuitas como oposición en si mismas. Quizá cabría seguir la taxonomía de Linz y considerarlas como una semioposición. El grado de confrontación con la dictadura franquista y la jerarquía eclesiástica depende de las diversas organizaciones y los contextos. Quizá las Vanguardias Obreras jesuíticas y la Juventud Obrera Católica, dado su condición de asociaciones juveniles fueron más radicales desde los años sesenta.

El caso de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) resulta más complejo. Las Hermandades no terminaron de dar el paso de una confrontación abierta ni de la constitución de un sindicato alegal aunque en su seno se formaran el grupo cultural ZYX y los Grupos Obreros de Estudios Sociales (GOES), como han estudiado recientemente Basilisa López en *Aproximación a la historia de la HOAC* (1995) y Enrique Berzal en su tesis doctoral inédita, *Del Nacionalcatolicismo a la lucha antifranquista. La HOAC de Castilla y León entre 1946 y 1975* (Universidad de Valladolid, 2000). Algunos de los afiliados de la HOAC engrosaron las filas de toda la oposición obrera aunque no fueran tantos como se ha venido señalando ni se utilizara directamente su red organizativa para formar sindicatos alegales. Esto si ocurrió en el caso de los movimientos apostólicos juveniles VOJ y JOC permitiendo los primeros pasos hasta la consolidación de la Unión Sindical Obrera en 1961 y la Alianza Sindical de Trabajadores (AST) en 1963. De hecho hasta el bienio de 1965-1966 los movimientos apostólicos fueron el «blindaje de la sotana» de los nuevos sindicatos.

No se cuenta con monografías recientes para estos dos embriones de sindicato, después de los trabajos de Martín Artiles y míos para USO durante los primeros años noventa<sup>2</sup>. Menos aún es lo que se cono-

---

<sup>1</sup> Véanse Consuelo LAIZ, *La lucha final*, Madrid, 1995; Julio Antonio GARCÍA ALCALÁ, *Historia del «Felipe»*, Madrid, 2001; y VV.AA., *El Frente Obrero de Cataluña*, Barcelona, Fundación R. Campalans, 1994.

<sup>2</sup> Martín ARTILES, «Del blindaje de la sotana al sindicalismo aconfesional», en Javier TUSELL, Alicia ALTEY y Abdón MATEOS (coords.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990; MATEOS, «Sindicalismo socialista y movimiento obrero durante la

ce de otros sindicatos ilegales como la Federación Sindical de Trabajadores (FST), desaparecida hacia 1971. Para el caso de Solidaridad de Obreros de Cataluña (SOC), ligada a los democristianos catalanes y aparecida a partir de 1958, contamos con un reciente libro de Pere Meroño, *Historia del sindicalisme nacional als Països Catalans, 1958-1989* (2001).

La historia del nacionalismo vasco durante la dictadura franquista ha dado un gran paso adelante con el libro colectivo *El péndulo patriótico* (2001). Aunque no hay un tratamiento detallado de Solidaridad de Trabajadores Vascos (ELA-STV), Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez realizan algunas consideraciones de interés sobre el histórico sindicato nacionalista.

En suma, la historia de la oposición obrera después del primer franquismo tiene aún muchos agujeros negros aunque se haya producido un fuerte avance en el conocimiento sobre todo de las «viejas» organizaciones UGT, PSOE, CNT, PCE, POUM y PSUC.

## Represión contra el antifranquismo

El estudio de la represión de la guerra civil y de posguerra ha dado un salto espectacular durante los últimos quince años. Tenemos ya un balance cuantitativo de la represión franquista para buena parte de las provincias españolas. Se sabe mucho ya de las instituciones represivas y de los mecanismos de control social pero no tanto de la forma en que se produjo la liquidación de lo que Santos Juliá definió como una cultura sindical revolucionaria.

Faltan estudios microhistóricos que se detengan en la forma que se produjo esta destrucción del sindicalismo y del cooperativismo ugetista y cenetista. Un estudio microscópico para el caso de la comarca rural del Miera en Cantabria, donde la UGT tenía una implantación masiva entre los mineros y los ganaderos, lo he realizado en «Violencia política, nacionalsindicalismo y contrarreforma agraria» (1998) y, más recientemente, en *La contrarrevolución franquista. Una aproximación microhistórica a la represión contra UGT y al nacionalsindicalismo desde la Cantabria rural, 1937-1953* (2003)<sup>3</sup>. Algunos investigadores

---

dictadura franquista», en Santos JULIÁ (coord.), *El socialismo en España*, Madrid, Pablo Iglesias, 1986; y MATEOS «Los orígenes de USO», *Los católicos y el nuevo movimiento obrero, XX Siglos*, 22, 1994, pp. 107-118.

<sup>3</sup> *Espacio, Tiempo y Forma*, V, 10, pp. 159-189; y Segovia, 2003, Monografía de *Historia del Presente*, 1.

como, entre otros, Miguel Durán, Conchita Mir, Manuel Ortiz Heras, Ramón García Piñeiro, Carlos Santacana, Jordi Font y Julio Prada se han detenido también en casos locales de destrucción del sindicalismo y de control político y social del franquismo sobre la población desafecta<sup>4</sup>.

Otro capítulo mal estudiado todavía es la desarticulación de lo que Víctor Alba denominó la «oposición de los supervivientes» de posguerra. José Luis Martín Ramos se ha detenido en el estudio del caso del PSUC, Herrerín lo ha hecho de manera general respecto a CNT y yo mismo por lo que se refiere a UGT<sup>5</sup>. En estos casos, la represión contra los dirigentes de la oposición obrera se basa en el análisis de las fuentes de la brigada político-social, los consejos de guerra y el tribunal especial militar dirigido por el coronel Eymar. Existen, además, monografías provinciales sobre la represión contra la oposición obrera antifranquista, entre otras, para Albacete de Ortiz Heras, Mallorca de David Ginard, Canarias de Miguel Ángel Cabrera y José Acosta, y Lleida de Antonieta Jarné<sup>6</sup>.

Hoy conocemos los balances policiales de la represión contra el antifranquismo urbano para los períodos 1946-1949 y 1961-1962. La monografía de Juan José del Águila sobre el Tribunal de Orden Público y la tesis doctoral en la Autónoma de Madrid de Ana Fernández Asperilla sobre el sistema judicial nos permite también hacer un balance de la represión para el período 1964-1975. Los datos ofrecidos por los aparatos de la represión son relativamente fiables y hay que completarlos con fuentes orales, diplomáticas y de la oposición en el exilio. Por ejemplo, el balance de la Dirección General de Seguridad para el decisivo cuatrienio de 1946-1949 es de 7.885 detenidos pero esta cifra no incluye a los huelguistas ni a los guerrilleros y sus enlaces. Mientras que los represaliados por la huelga general de Vizcaya en 1947 oscilaron entre los mil y dos mil<sup>7</sup>, las víctimas de la guerrilla (muertos y encarcelados) fueron cerca de 25.000.

---

<sup>4</sup> Véanse DURÁN, *Sicut Oculi* (Palma, 1992); MIR, *Vivir es sobrevivir* (Barcelona, 2001); ORTÍZ HERAS, *Violencia política en la segunda república y en el primer franquismo* (Madrid, 1996); SANTACANA, *Victoriosos y Derrotats* (Barcelona, 1995); FONT, *Arriba el campo!* (Girona, 2001); ...

<sup>5</sup> MARTÍN RAMOS, *Rojos contra Franco* (Barcelona, 2002); HERRERÍN, *La CNT durante el franquismo* (Madrid, Siglo XXI, en prensa); y MATEOS, *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de UGT, 1939-1977* (Madrid, 2002).

<sup>6</sup> GINARD, *La resistencia antifranquista en Mallorca, 1939-1948* (Palma, 1991); y JARNÉ, *L'oposició al franquisme a Lleida* (Lleida, 1998).

<sup>7</sup> A pesar de la publicación de varias monografías sobre la huelga de 1947 no existe todavía un claro balance sobre su represión. Véase, por ejemplo, SANTIAGO DE PABLO, Ludger MEES y José A. RODRÍGUEZ, *El péndulo patriótico. Historia del PNV, II: 1936-1979*, Barcelona, 2001, 194-6.

El balance de la Dirección General de Seguridad para 1962, sin contar con los 996 huelguistas detenidos, ofrecía un total de 1.442 antifranquistas encarcelados. Una cifra que ya superaba a los 1.356 opositores detenidos en 1948 aunque no las del bienio de la esperanza de 1946-1947: 2.137 y 3.899 encarcelados cada año, así como los del año del renacimiento de la protesta estudiantil y obrera en 1956, respondiendo con el primer estado de excepción a escala nacional (1.698)<sup>8</sup>. El secretario general de la UGT en el exilio ofreció un balance de 5.000 detenidos para los trece años transcurridos entre 1958 y 1970, una cifra claramente inferior a los 8.000 del cuatrienio 1946-49. Una cantidad no muy desencaminada pues los procesados por el Tribunal de Orden Público entre 1964 y 1971 fueron un total de 4.800 antifranquistas y huelguistas.

Mientras que el porcentaje de comunistas represaliados, los más activos y sacrificados de la clandestinidad, era del 54 por 100 para el período 1946-1949, quince años después, la desarticulación de la oposición de los supervivientes hacía que en 1962 el porcentaje de comunistas encarcelados fuera de la mitad (un 27 por 100). Además en 1962, a pesar del activismo armado de las juventudes libertarias, los «felipes», militantes de la nueva formación antifranquista socialista revolucionaria, el Frente de Liberación Popular, sufrieron un número mayor de detenidos que el anarquismo.

En suma, el año de 1962 fue un final y un comienzo, un punto de inflexión para la oposición obrera como demuestran estos balances represivos. Como ha puesto de manifiesto Teresa Ortega en *Del Silencio a la protesta* (Granada 2003), todavía en 1961, a pesar de la práctica inexistencia organizada del PCE en Andalucía Oriental hasta después de 1963, habían sido practicadas en Granada varios centenares de detenciones de comunistas veteranos, controlados policialmente desde la posguerra. Era la herencia de más de quince años de represión, guerrilla y control social del primer franquismo<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Para 1956 la cifra proviene de fuentes diplomáticas británicas, véase Harmut HEINE, «Tipología de la represión y de la violencia políticas 1939-1961», en Javier TUSELL, Alicia ALTED y Abdón MATEOS (coords.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, 1990, tomo 1\*, 324.

<sup>9</sup> La cifra de comunistas granadinos detenidos en Juan José del Águila, *El TOP*, Barcelona, 2001; sobre la debilidad del PCE hasta mitad de los años sesenta, Eloísa BAENA y Teresa ORTEGA, «1962, el mayo andaluz», en Rubén VEGA (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, 2002; y *Del silencio a la protesta*, Granada, Universidad, 2003.



## En torno a los orígenes y consolidación de Comisiones Obreras

Uno de los debates actuales sobre la reconstrucción del movimiento y la oposición obreras es la cuestión de la cronología de los orígenes y consolidación de Comisiones Obreras. Buena parte de los historiadores del movimiento obrero durante el franquismo defienden hoy en día la fecha de las huelgas de 1962 como el momento de la consolidación de este movimiento sociopolítico. Un ejemplo de ello se encuentra en los excelentes libros, coordinados por Rubén Vega, *La huelga de 1962 en Asturias* y *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*. Afortunadamente, se ha abandonado la pretensión de identificar cualquier brote de conflictividad laboral durante la dictadura franquista con el origen de Comisiones Obreras. Es evidente que comisiones de trabajadores inestables aparecieron durante los años cincuenta en la mayor parte de las huelgas, desde la huelga de Euskalduna en 1953, a la huelga generalizada vizcaína de 1956 o los conflictos generalizados en Barcelona y Asturias de 1958. Ahora bien, las huelgas de 1962 no son la fecha de consolidación de CCOO sino su origen remoto. La constitución de una comisión obrera provincial en Vizcaya en 1963 en solidaridad con los huelguistas represaliados, como han estudiado José María Garmendia y José Antonio Pérez Pérez<sup>10</sup>, no tuvo continuidad. Incluso la presencia mayoritaria de miembros de los movimientos cristianos obreros fue puramente circunstancial, debido entre otras cosas a la debilidad del PCE vizcaíno en 1963 y al hecho de que la reunión para ayudar a los represaliados se hiciera en las sedes de estas entidades legales católicas. La constitución de las comisiones obreras provinciales de Guipúzcoa y Vizcaya hubo que esperar el bienio 1966-1967, momento de las primeras elecciones sindicales con participación y la huelga generalizada en solidaridad con Bandas.

Me parece que tienen razón José Babiano, Ramiro Reig y José Hurtado en valorar que los movimientos cristianos obreros tuvieron un papel esencial de cobertura, el famoso «blindaje de la sotana», en el origen de Comisiones Obreras, pero que no fueron el componente esencial de la consolidación organizativa de este movimiento sociopolítico en 1967. El esqueleto de CCOO se formó, sobre todo, con los núcleos del PCE, herederos de la Oposición Sindical Obrera (OSO), formalizada desde 1959 y relanzada en 1962 hasta su progresivo abandono a partir

---

<sup>10</sup> *Un nuevo modelo de acumulación y desarrollo. La conflictividad obrera durante el franquismo* (1996), y *Los años de acero* (Madrid, 2001).

de 1965. En efecto, tras las experiencias de la formación de la comisión de enlaces y jurados del metal madrileño y la comisión obrera central de Barcelona en el otoño de 1964, se reunieron los cuadros obreros comunistas al comienzo de 1965 decidiendo impulsar las incipientes y plurales comisiones obreras provinciales, en su mayoría compuestas por cargos sindicales, y abandonar las siglas de OSO (una decisión según parece que fue ratificada por el VII Congreso del PCE del verano de 1965), aunque no sería sino hasta comienzos de 1967, tras las elecciones del Sindicato Vertical, cuando se consiguió consolidar una coordinadora nacional. No deja de ser significativo que el Boletín de la OSO de los metalúrgicos madrileños, *Metal*, no abandonara hasta la primavera de 1965 toda mención a la «oposición sindical obrera». Poco después, en julio de 1965, con ocasión del VII Congreso del PCE se decidió disolver formalmente la OSO aunque todavía continuaría utilizándose la sigla en la prensa oficial comunista de carácter local y los disidentes maoístas terminaron haciéndola suya.

Aunque ya en febrero de 1956 los dirigentes comunistas llamaban desde *Mundo Obrero* a la formación de comisiones de obreros estables y, según el testimonio de Jorge Semprún a Felipe Nieto, se decidió utilizar el nombre de Comisiones Obreras (concebidas todavía como *soviets* o comités obreros unitarios por la base), hubo una etapa de ambigüedad de la táctica de lucha sindical tras el fracaso del «jornadismo» del bienio 1957-1959 y la huelga nacional pacífica. Durante el trienio transcurrido entre el fracaso de la HNP en julio de 1959 y las huelgas de la primavera de 1962 los comunistas, sometidos a una fuerte represión, que desarticuló los comités provinciales encabezados por veteranos de la guerra civil, hubo una inseguridad táctica que trajo consigo la recuperación de la reflexión sobre la violencia política y a considerar la necesidad de una organización sindical formal (OSO) que representara a los trabajadores españoles ante la Federación Sindical Mundial y canalizara la solidaridad internacional, relanzada tras las huelgas y la consiguiente represión.

Dilucidado este debate sobre los orígenes de Comisiones Obreras y estudiados los casos locales de luchas obreras, queda mucho por hacer desde una perspectiva de oposición obrera comunista. Conocer mejor la política sindical del PCE y otras formaciones, así como diseccionar la trayectoria de los baluartes obreros en determinadas localidades industriales y empresas. Explicar por qué fueron liquidados por la represión franquista determinados baluartes obreros y no otros, y cómo se configuraron las nuevas concentraciones de la izquierda obrera. Hay ya algunos ejemplos de investigaciones en esta línea para el Bajo Llobregat, Gijón o Getafe pero queda mucho por estudiar.

En el momento actual, los historiadores que trabajan en el ámbito de las fundaciones históricas de CCOO están realizando un meritorio trabajo de recopilación de centenares de relatos de vida de militantes sindicales. Esta estrategia de investigación, alejada del mero testimonio de las elites políticas o intelectuales, puede ser fecunda para la creación de un archivo de las luchas sociales democráticas. Sin embargo, la recreación en sí misma del itinerario vital de un cuadro sindical puede explicar pocas cosas sobre todo si no se recoge de manera sistemática otros relatos de vida que engloben un grupo de pertenencia más amplio como el sector laboral o la barriada de residencia. Me parece que los orígenes familiares o las peripecias de la formación no resulta suficientes para explicar el compromiso militante.

### **Huelga política y conflicto laboral**

El tema de la conflictividad ha sido, sin duda, el aspecto mejor trabajado por los historiadores. Además de diversos estudios locales recientes para Vizcaya (José Antonio Pérez), Granada (Teresa Ortega), Barcelona (Javier Tebar y Javier Domenech), Asturias (Ramón García Piñeiro y Rubén Vega), Madrid (José Babiano), Valencia (Ramiro Reig), Galicia (José Gómez Alén) o Murcia (Gloria Bayona), el excelente equipo formado por Carme Molinero y Pere Ysàs publicó hace unos años, *Productores disciplinados y minorías subversivas* (Madrid, 1998).

Estos investigadores utilizan no sólo las fuentes de la oposición obrera (prensa, archivos, testimonios orales) sino las fuentes generadas por los diversos aparatos del sistema de poder franquista (policía, sindicatos oficiales, tribunales, ministerios de Trabajo y Exteriores...). Poco a poco, vamos conociendo la reacción oficial de la dictadura contra las «minorías subversivas», los conflictos obreros y su repercusión internacional. Aquí hay que volver a citar como modélicos a los excelentes libros colectivos coordinados por Rubén Vega sobre las huelgas de 1962.

Ahora bien, nuestro conocimiento sobre las huelgas generales de carácter local desarrolladas bajo la dictadura franquista sigue siendo muy deficiente en términos generales salvo el caso de la esplendorosa primavera de 1962, de esa llama encendida por los mineros que marcó el camino hacia la España democrática. En realidad, todavía no conocemos bien, pese a la abundancia de monografías, el desarrollo y las consecuencias de la huelga del Primero de Mayo de 1947 en Vizcaya, ni las huelgas de la primavera de 1951 en el País Vasco, Navarra y Barcelona. Otro tanto cabría decir de las huelgas generalizadas de 1956 y

1958. Hoy por hoy resulta imposible establecer un balance sobre estos movimientos obreros. Durante años se ha venido afirmando que la huelga general de 1947 fue la última de la «segunda república». Esta aseveración llevaba aparejada la idea de una discontinuidad de la implantación de UGT y STV frente al crecimiento posterior de comunistas, católicos y nacionalistas radicales. Sin embargo, si examinamos las biografías obreras de los cuadros ugetistas observaremos que, en realidad, la represión de posguerra, no desalentó de la militancia y que los líderes obreros locales no fueron sustituidos hasta el final de los años sesenta.

Las convocatorias a la huelga general del PCE en mayo de 1951, mayo de 1958 y junio de 1959 se saldaron en un fracaso pero cabe detenerse en la reacción represiva franquista que abortó lo poco o mucho que los supervivientes comunistas de la guerrilla y los pocos cuadros jóvenes reclutados después intentaron agitar y movilizar durante estas huelgas generales. Este llamamiento a la huelga general «pacífica», más que insurreccional revolucionaria, como las de 1917, 1930, 1934 y 1936, se convirtió en un elemento central de la estrategia comunista de la «reconciliación nacional» durante el resto del franquismo. Sin embargo, las convocatorias a huelga nacional después de las huelgas mineras de 1962 y 1963 no pasaron de bajos rendimientos y meras concentraciones en la calle en 1966 y 1967.

Los proyectos de huelga general de 1969, 1971 y 1973, con la colaboración unitaria de los socialistas, fueron abortados preventivamente con la declaración del estado de excepción en el primero y el último debido a la violencia política. Únicamente la movilización con ocasión del proceso de Burgos (1970) y la huelga general en el País Vasco de diciembre de 1974 tuvieron éxito como puso de manifiesto Pedro Ibarra.

El mito de la huelga general, enmascarado por el PCE como «nacional pacífica» o «acción democrática nacional» tuvo que esperar a la muerte de Franco para tuviera una concreción real en noviembre de 1976 convocada por la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (CCOO, UGT y USO). Hubo, eso sí, durante el tardofranquismo y la transición, huelgas generalizadas locales reivindicativas pero sobre todo en solidaridad con las víctimas de la brutalidad de los cuerpos de seguridad.

Para concluir, cabe hacer una reflexión sobre la conmemoración de la oposición obrera y el antifranquismo en la España democrática. Como señalaba al principio, en 1982 organizamos en la Universidad Autónoma de Madrid un seminario de investigación sobre los sindicatos de clase durante la dictadura. Producto de este seminario de investigación fue la presentación de varias memorias de licenciatura y la colección *Luchas sociales durante el franquismo*, cuyos dos primeros volúmenes

coeditaron la fundación Francisco Largo Caballero y la editorial Pablo Iglesias en 1986, coordinada por Manuel Pérez Ledesma. También el mismo año, cincuentenario de la guerra civil, apareció la colección *Anales de Historia* de la editorial Pablo Iglesias, coordinada por Santos Juliá.

A partir de entonces la Sociedad de Estudios de la Guerra Civil y el Franquismo (SEGUEF), presidida por Julio Aróstegui, trató a través de la revista *Perspectiva Contemporánea* (1988) de incorporar la investigación sobre el movimiento obrero durante la dictadura. Este año se celebraron también los Congresos *La oposición al régimen de Franco*, organizado por la UNED, y *El movimiento guerrillero de los años cuarenta*, organizado por la FIM. El macro Congreso internacional sobre el antifranquismo contó con numerosas colaboraciones sobre oposición y movimiento obrero, que reflejaban fielmente el estado de la cuestión en esos momentos. Por esas mismas fechas, la UGT celebró los primeros diez años de legalidad (1987) y su centenario (1988), CCOO los veinte años de existencia de las coordinadoras nacional y del metal y USO sus primeros veinticinco años en la revista *El Proyecto*.

Posteriormente, desde los años noventa, los encuentros de investigadores del Franquismo, organizados por distintas universidades y las fundaciones locales de CCOO se han convertido en principal lugar de encuentro de los investigadores del movimiento obrero y de las relaciones laborales. Exponente de esto último es el Congreso y las exposiciones sobre las huelgas de 1962, celebrado en Gijón el verano pasado, y los dos libros coordinados por Rubén Vega. Unas iniciativas muy meritorias teniendo en cuenta la hegemonía cultural de la conmemoración de las elites políticas e intelectuales. Por último, el recientemente constituido Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (CIHDE), adscrito a la UNED, y con la colaboración de las fundaciones de CCOO, UGT y PSOE, está organizando unos encuentros en los que se reivindica otro tipo de conmemoración en los que tengan prioridad las luchas sociales y políticas democráticas.